



# NI ATENIENSES NI CORINTIOS

*Carlos DE LA SERNA ARENILLAS*

**Mucho se ha escrito sobre antecedentes históricos con los que comparar el ataque contra Nueva York y Washington del pasado 11 de septiembre; se han citado casos como el de Pearl Harbor o el atentado de Sarajevo en 1914. Pero no parece que se trate de lo mismo: ni como actos de propaganda, conseguidos con la destrucción de los máximos símbolos del poder económico y militar del mundo; ni por el grado de dolor, miedo e incertidumbre que ha conseguido provocar el atentado a las Torres Gemelas, en la que posiblemente sea (¿fuese?) la sociedad más prepotente del mundo en nuestros días.**

**L**a respuesta armada de los EE.UU. contra objetivos en Afganistán es una consecuencia acorde con la lógica de las relaciones internacionales que impera en nuestros tiempos; como ocurre con el principio del legí-

timo derecho al uso de la fuerza en defensa propia. Cosa distinta es el juicio que merece esa lógica para quien no la comparte. En cualquier caso, el pasado 11 de septiembre se desencadenó una tragedia cuya materialización e impacto carecen de

---

***Si el objetivo político  
de la guerra no está  
claro, la violencia  
tiende a desbocarse.***

---

precedentes en la historia. Sus protagonistas, en su mayoría norteamericanos, víctimas y testigos directos, se verán afectados durante muchos años por sus consecuencias. Mientras, los que viven fuera de los Estados Unidos, sobre todo en los países desarrollados, ven como se abre a sus pies un inmenso precipicio de inseguridad en el que se borra irremediamente la sensación, más imaginaria que real, de estar viviendo en lugares más o menos al resguardo de catástrofes y violencias propias de países pobres.

La búsqueda de explicaciones a este horrendo capítulo no es una tarea fácil dado el apasionamiento que provoca. La responsabilidad de los analistas podría consistir en situar el debate en terrenos donde predomine la razón sobre la pasión, despejando las incógnitas de la ecuación que permitan atacar el mal de raíz.

La mayoría de los países miembro de las Naciones Unidas plantean, con razón, una respuesta bélica a un acto bélico. Pero en esta guerra, ¿quién es el enemigo? Sea quien sea el enemigo, la acción bélica contra Afganistán ha estado sembrada de dudas y en cuanto a su desenlace y final lo menos que se puede decir es que resulta totalmente imprevisible. Dura lección para quienes se han formado en la doctrina estratégica de Clausewitz, según la cual lo que da sentido y coherencia al uso de la fuerza es tener muy claro el objetivo político que se persigue; si este último no está claro, la violencia tiende, por su propia na-

turalidad, a desbocarse hasta límites intolerables, insospechados e imprevisibles, dejando sin sentido y justificación el uso de la fuerza, alcanzando un grado de violencia absoluta. En román paladín diríase: matar moscas a cañonazos.

Sostener que estamos en presencia de la primera guerra del siglo XXI es también una idea falsa: conflictos armados como los que tienen lugar ahora mismo en Chechenia, Macedonia, Argelia, Sudán, Sri Lanka, Palestina o el que se venía desarrollando antes del 11 de septiembre en el mismo Afganistán, lo confirman. La manera con la que se han ignorado estas guerras en los medios de comunicación y la actitud de mirar hacia otro lado de la mayoría de los gobiernos occidentales, han llevado a muchos ciudadanos y organizaciones de los países desarrollados a negarse a condenar los atentados del 11 de septiembre. Piensan estos ciudadanos que los ataques a Nueva York y Washington al final provocarán más víctimas entre civiles inocentes de las poblaciones atrapadas en esas guerras olvidadas que las que se produjeron, por desgracia, bajo los escombros aquel martes negro.

¿Cómo explicar por tanto el hecho de que un grupo de fanáticos suicidas, todos nacionales de países árabes y practicantes estrictos de la religión musulmana, ejecutasen un plan tan horrendo?

Después de todos los discursos inicialmente pronunciados sobre el bien y el mal, Dios y el diablo, deberíamos buscar otras explicaciones menos teológicas. Cabe pensar en tres procesos distintos que confluyen en explicar esta crisis. Primero, la crisis progresiva del modelo de Estado que se está dando en algunos países del Asia central y Oriente próximo, entendiendo esta crisis desde la perspectiva de lo que conocemos hoy por Estado

moderno. Es el caso de países como el Líbano en los años 80, Afganistán tras la derrota de los soviéticos, o incluso el Yemen de nuestros días, por poner sólo tres ejemplos. Países donde han crecido en extensión los territorios libres de cualquier presencia del Estado y lo que es peor, en algunos casos, en los que el propio gobierno fomenta la presencia de grupos armados independientes en esos territorios. Los llamados señores de la guerra, que reviven un modelo feudal en pleno siglo XXI.

Junto a la erosión de las estructuras habituales en un Estado moderno, nos encontramos con un segundo elemento, cual es el desarrollo y propagación en aquellos países de una cultura de la violencia y de la intransigencia religiosa cuya consecuencia final no puede ser otra que una suerte de terrorismo sin freno, dispuesto a las mayores atrocidades en defensa de sus creencias.

Por último y en tercer lugar está la voluntaria e inexorable confluencia de intereses entre una serie de procesos, que inicialmente eran independientes entre sí, que han llegado a transformarse en un solo conflicto. Es el caso de 1) la lucha armada a favor de la creación de un Estado palestino, apoyada tanto por laicos y religiosos, como por conservadores y progresistas; 2) la imposición «revolucionaria» de la dictadura nacionalista y secular de Sadam Hussein en Irak y su versión más *light* en la República hereditaria de Siria; o 3) lo que fue el emirato islámico de Afganistán, basado en una interpretación histórica de la *sharia* como defienden los talibanes. Tres procesos que han terminado por ser una sola *yihad* (1). Además, todos estos señores de la guerra, más o menos cre-

---

(1) *Yihad*, por cierto, significa «esfuerzo» en árabe y no «guerra santa»

---

**Osama Bin Laden,  
con sus creencias wahhabíes,  
es una amenaza sobre todo  
para Pakistán o Arabia Saudí.**

---

yentes, han visto en estos tiempos una oportunidad única para conseguir el apoyo necesario al fin último de su lucha: ocupar el poder en sus países permanentemente, sin oposición, ni interna ni externa.

Al atacar las Torres Gemelas o el Pentágono, sus autores no apuntaban realmente a los Estados Unidos, ni al mundo llamado «democrático» u «occidental», sino a los regímenes y gobiernos del Oriente medio y próximo. Osama Bin Laden defendiendo sus ideas políticas y sociales retrógradas, con su misoginia y creencias wahhabíes (2), resulta una amenaza mucho más seria contra Pakistán, Arabia Saudí, Irán o las repúblicas exsoviéticas de Asia central, que contra los Estados Unidos o Europa.

El binomio violencia-terrorismo no plantea solamente preguntas en el caso de grupos orientales. También existe una peligrosa tendencia a justificar la violencia sin límite para alcanzar objetivos políticos en Occidente. Tanto unos como otros suelen encontrar razones para explicar porqué la violencia es legítima si se trata de una buena causa. «El fin justifica los medios», que escribió Maquiavelo, o «el fin santifica los medios» que atribuyen a San Ignacio de

---

(2) Corriente islámica suní, que milita activa y violentamente tanto contra los chiitas como contra otros sunís moderados.

Loyola. Unos persiguen la liberación de sus pueblos frente al opresor, los otros recurren a la «razón de Estado». La línea que separa la violencia «mala» (terrorismo) de la violencia «buena» (como «limpiar» de terroristas a Chechenia, por ejemplo), es fina y vaporosa, cuando no imposible de trazar.

Esta dificultad trae como consecuencia inevitable la doble vara de medir. No faltan en la historia reciente ejemplos que lo ilustran. Abundan los casos en los que al final los verdaderos perjudicados son las poblaciones civiles, inmersas en conflictos «irregulares», donde faltan contendientes bien definidos, uniformados y sometidos a los usos y costumbres de la guerra, como establecen las Convenciones de Ginebra. Los *muyahidines* de la Alianza del Norte en Afganistán que eran considerados por la URSS como terroristas, hoy reciben el apoyo de Moscú en su «justa guerra» contra los talibanes (que a su vez fueron en el pasado reciente compañeros de la Alianza del Norte en su lucha contra Moscú). Hasta no hace muchos años, la CIA entrenaba a los talibanes y a Bin Laden, para terminar considerándolos ahora como la encarnación del mismísimo Satanás. La lista puede alargarse a voluntad del lector tanto como quiera: la Contra en Nicaragua, las FARC en Colombia, UNITA en Angola... incluso ETA en España; todos ellos grupos calificados como «movi-

---

***El actual debate sobre el conflicto en Afganistán debería llevarse al terreno del derecho internacional.***

---

mientos de liberación» por unos y como «terroristas» por otros.

Cómo deshacer este dilema, no es tarea sólo semántica —¿qué significa terrorismo?—, sino que tiene que ver con la búsqueda de un consenso en torno a la definición, una tarea prioritaria que por desgracia no está muy en boga, salvo por los esfuerzos recientes desplegados por la Unión Europea. No se olvide además que en sus orígenes el término «terror» se utilizó para denominar el uso de la violencia ejercido por el propio Estado, en su intento de salvar tanto la Revolución francesa como la soviética.

Todas las sociedades y culturas aceptan en mayor o menor medida el principio de legítima resistencia frente a la opresión (véase Santo Tomás y el derecho al tiranicidio); la Carta de la Naciones Unidas recoge el derecho a la legítima defensa de todos los Estados frente a una agresión exterior así como el derecho de los pueblos oprimidos a levantarse en armas contra el opresor. Y así es como las ya mencionadas Convenciones de Ginebra sobre la guerra establecen normas y limitaciones al uso de la fuerza, tanto en el caso de luchas de liberación como en conflictos armados entre naciones.

Es precisamente en este ámbito, el del derecho internacional, hacia donde debería llevarse el debate necesario para resolver, con justicia para todos, el conflicto actual. Toda la energía desplegada en definir el problema de la violencia como un choque de civilizaciones y culturas sólo nos puede llevar, en el peor de los casos, a un desastre monumental del que tardaríamos décadas en reponernos o, en el mejor de los casos, a una profunda melancolía. Avivar en Occidente la hostilidad contra los musulmanes resulta tan fácil y peligroso como

les está resultando en Oriente atizar las llamas de la demagogia anticristiana.

El debate no se resuelve rebuscando en los textos religiosos citas contra y a favor del uso de la violencia. Todas las religiones cuentan con textos que legitiman la violencia, el terror y la inmola- ción de los creyentes en defensa de su fe. Así se explican gran parte de los actos de violencia realizados por grupos de inspiración religiosa: los musulma- nes bosnios, los ortodoxos serbios, los católicos y/o protestantes norirlandeses, los sionistas israelíes, los sijs indios, y así un largo etcétera.

Tampoco se encuentra una respuesta adecuada a la crisis mediante iniciati- vas, bien intencionadas por supuesto, de «diálogo» entre religiones, como las que se desarrollan tanto en Occidente como en el mundo islámico. El camino de la coexistencia entre religiones en- cierra un peligro no desdeñable: una vez que se entra en esta clase de debates es difícil evitar la conclusión de que exis- ten diferencias fundamentales, insalva- bles, entre religiones y por lo tanto que están justificadas, que son legítimas, to- das las culturas, costumbres, prácticas y ritos que esas mismas religiones pro- mueven entre sus creyentes; de que de- ben respetarse todas sus manifestacio- nes de culto tanto privadas como públicas (3). De ahí a hacer imposible la construcción de una sociedad laica, tolerante, integrada y democrática sólo hay un paso.

Recurriendo a los enfoques culturales, o de civilización o religiosos, no es posi- ble encontrar una respuesta para superar los conflictos entre, y dentro de, los Esta-

---

(3) Como la ablación del clítoris, la prohibición de que trabajen las mujeres, llevar estas en público un velo tapándoles la cara, etcétera.

---

***Todas las religiones  
cuentan con textos  
que pueden legitimar  
la violencia y el terror.***

---

dos. La respuesta tiene que ser universal, global se diría hoy, como lo son el dere- cho internacional o el ámbito de las Na- ciones Unidas. Ni aquellas normas ni esta organización internacional distinguen en- tre naciones/sociedades/culturas occi- dentales y «otras», tampoco utilizan ese lenguaje excluyente al que son tan aficio- nados muchos dirigentes políticos y reli- giosos de nuestros días: el «Dios está con América» de Bush o «Alá nos protege» que proclama Bin Laden. Afirmaciones que recuerdan mucho al *Gott mit uns* (Dios con nosotros) que llevaban grabado en la hebilla del cinturón los soldados del *Tercer Reich*.

Ríos de tinta han corrido sobre el error de atribuir al Islam la representa- ción de todos los males. Frente a ese error se propaga otro de igual natura- leza, pero de sentido contrario, según el cual los Estados Unidos, y Occidente en general, encarnan al mismo diablo. La ola de anti-americanismo tiene una larga historia y cala muy profundamente en muchas sociedades, surgiendo con fuerza a la superficie cada vez que el gi- gante yanqui se involucra, a menudo con bastante poca fortuna, en ciertos con- flictos, como ocurrió con ocasión de la guerra del Golfo o la intervención en Kosovo.

Las críticas, incluso la indignación, que provocan los Estados Unidos parecen tener cierta justificación cuando uno atiende la larga lista de despropósitos,

---

***El mundo necesita  
que los Estados Unidos  
se comprometan  
en la solución de conflictos.***

---

cuando no errores garrafales, cometidos a lo largo de los años: el golpe militar en Chile en 1973; las múltiples intervenciones armadas en Centro-América y el Caribe, apoyando a impresentables dictador-zuelos y matones; el desastre del Viet Nam o la cínica llamada a la defensa de los derechos humanos y las libertades de los kuwaitíes frente al opresor iraquí, cuando se hace la vista gorda ante iguales desmanes de Israel con los palestinos, o en China con los estudiantes de la Plaza de Tiananmen, son sólo algunos ejemplos de este «honroso» catálogo del que no puede sentirse orgullosa la gran potencia de Occidente.

Tampoco faltan motivos que justifiquen las críticas a ciertos valores y actitudes de la sociedad norteamericana (por otro lado muy imitada en Europa). Como los aspectos más infantiles y *kitsch* del *american way of life*; la permisividad en el uso irrestricto de armas de fuego; la consagración del principio de «tanto tienes, tanto vales» que deja en muy mal lugar cualquier otra consideración del ser humano como depositario de otros valores, no precisamente materiales; o la frecuencia y ligereza con la que se aplica la pena de muerte en ese país.

A pesar de lo legítimo de estas críticas, es de justicia matizar el anti americanismo con otras consideraciones, de tanto peso como las anteriores. En primer lugar, muchas de esas críticas se alimentan en prejuicios históricos pro-

fundamente arraigados, sobre todo en Europa, y en España en particular, que sólo permiten ver los aspectos negativos de aquella sociedad y no sus valores positivos. Ese aire de superioridad que adoptan muchos europeos ante esos «ignorantes, simplones, poco refinados, necios y torpes yankis» no es más que la confirmación de que es mucho más fácil ver la paja en el ojo ajeno, que la viga en el propio. Y ni que decir tiene si nos trasladamos al Tercer Mundo donde el anti-americanismo adquiere tintes de odio y demagogia sin límites.

Aun con todos sus vicios y defectos, hay que reconocer a favor de los Estados Unidos una energía y laboriosidad admirables, que le han situado como el país más desarrollado de la historia; un país al que quisiera ir a vivir casi media humanidad; un país cuya vitalidad en terrenos tan diversos como las artes (por ejemplo la música y el cine) y las ciencias (física, química y en especial la medicina) deja muy por detrás al resto del mundo; una sociedad que en muchos aspectos, como el trato a los inmigrantes o la igualdad de género, ha alcanzado unos resultados que dejan en muy mal lugar a la mayoría de los países europeos.

Igual de injustas son las acusaciones de militarismo. No hay que olvidar que quien acuñó, para denunciarlo, el término «complejo industrial-militar», no fueron los teóricos marxista-leninistas, sino el mismísimo General Eisenhower (republicano y conservador, por cierto), en su discurso de toma de posesión como Presidente de los EE.UU. hace ahora cincuenta años. Son pocas las grandes potencias en la historia que hayan tenido tanto cuidado y prevención como los Estados Unidos a la hora de intervenir militarmente en un conflicto, teniendo a menudo que ser arrastrados

literalmente, como ocurrió en la Segunda Guerra Mundial o más recientemente en Bosnia.

Se han visto muchas sonrisas burlonas a la hora de acusar a los americanos de beligerantes y militaristas por parte de algunos líderes de países que precisamente tienen un pasado más que vergonzoso como potencia militar; como es el caso de Francia o el Reino Unido —que han arrasado media Asia y casi todo África— o Rusia y China, por no mencionar Alemania, Italia o Japón.

Puede que Bush se esté pasando de rosca, incluso, llevado por malos consejos o malos consejeros, que se haya fijado un objetivo estratégico inalcanzable, como es el de terminar con el terrorismo con el solo uso de las armas. Pero el mundo necesita que los Estados Unidos se comprometan en la solución de los conflictos. Y aquellos a quienes no les guste lo que hace la Administración Bush, deberían apoyar a los muchos e importantes grupos y líderes que en EE.UU. defienden posturas internacionalistas y no dejar la solu-

ción sólo en manos de los unilateralistas más ultramontanos.

Vista la escasez de antecedentes históricos y políticos en los que comparar la situación actual, uno puede tener la tentación de buscar en textos, sean religiosos —interpretados en clave secular— literarios o filosóficos, alguna cita que venga a colación. Se han hecho muchos intentos para ilustrar el carácter global de esta crisis y como vacuna contra la sinrazón, tanto de Occidente como de Oriente, de insistir que se trata de un choque entre civilizaciones. Quizás nos ayuden a meditar las palabras del filósofo estoico griego Epícteto sobre los peligros que nos acechan si seguimos por este camino. Escribía el filósofo: «Cuando te pregunten a qué país perteneces, nunca contestes que eres ateniense o corintio, sino que eres ciudadano del mundo».

Después del 11 de septiembre, quizás deberíamos intentar ser todos un poco más ciudadanos del mundo y menos atenienses y corintios.